

elemento a tener en cuenta. Yo estaba seguro de que aún el sanguinario jefe enemigo no había hecho su última movida en el intento de alcanzar el firme de la Maestra en la zona de La Plata. De enfrentar esa amenaza quedaría encargado Camilo, a quien de hecho ya había convertido en jefe de todo el sector desde mi traslado a la operación de Meriño, la noche del 3 de julio.

En el caso del sector noroccidental, continuaría el Che organizando la defensa del territorio rebelde en los alrededores de Minas de Frío y las Vegas de Jibacoa, como lo había estado haciendo generalmente hasta entonces. Aquí la amenaza estaba planteada, en primer lugar, por la presencia del fuerte contingente enemigo en San Lorenzo y la posibilidad de que intentara el asalto al firme de la Maestra en la zona de Minas de Frío; en segundo lugar, por la continua ocupación de las Vegas de Jibacoa por el Batallón 19 y el peligro de que esa tropa pudiese forzar el acceso a la Maestra por la zona de Mompié o de las propias Minas. Sin embargo, contar con estos dos lugartenientes me ofrecía confianza más que suficiente para poder ocuparme de la operación de Jigüe, y dejar en sus respectivas manos el cuidado de tan importantes accesos al corazón del territorio rebelde.

Estábamos convencidos de que la rendición de un batallón completo y la destrucción de los importantes refuerzos que, sin duda, enviaría el mando enemigo en auxilio de la tropa sitiada, serían golpes demoledores para la tiranía, tanto en el orden moral como en el material. Ciertamente, ya habíamos logrado detener el empuje enemigo y la iniciativa había pasado en la práctica a nuestras manos. Pero no podía, ni con mucho, decirse en ese momento que la ofensiva ya había sido derrotada. Lo sería a partir del momento en que el batallón que pensábamos cercar en Jigüe se rindiera.

Si fuéramos a dividir en etapas los setenta y tantos días que duró la ofensiva enemiga, tendríamos que señalar un primer momento de desarrollo de dicha ofensiva, en el que la iniciativa correspondió totalmente al enemigo, enmarcado entre el 25 de mayo y el 28 de junio, es decir, entre el comienzo de la operación de la toma de Las Mercedes y el inicio de la primera Batalla de Santo Domingo, con el Combate de Pueblo Nuevo. A partir de este momento se abrió una segunda etapa que pudiera caracterizarse como de contención de la ofensiva, en la cual el enemigo recibió los primeros reveses de consideración, y se le inmovilizó o impidió avanzar en dos de los tres sectores. La única excepción era la entrada de los guardias en Meriño, pero el resultado de esa maniobra fue tan desastroso para el enemigo que la excepción no basta para invalidar la regla. Esta etapa se prolongó tal vez hasta el 11 de julio, fecha en que comenzó la Batalla de Jigüe, a partir de la cual se inició la etapa que pudiera denominarse de contraofensiva rebelde, durante la cual la iniciativa nos perteneció por entero. Hay también una excepción: la ocupación de Minas de Frío por el enemigo el 15 de julio, pero tampoco fue suficiente para impedir la caracterización de este momento.

Concluida con un resultado bastante favorable la operación de Meriño, regresé de Minas de Frío a Mompié, y en la noche del 9 de julio me trasladé al alto de Cahuara, encima del campamento enemigo en Jigüe, adonde llegué al amanecer del día siguiente. Había decidido establecer en este lugar mi puesto de mando mientras durase la operación contra el Batallón 18 y los refuerzos, lo cual significaba regresar a la etapa seminómada de la guerrilla, con campamentos en el monte. No era posible dirigir una operación de esa envergadura por control remoto, era vital hacerlo desde la misma línea de combate.

Antes de salir de las Minas, me reuní con Lalo Sardiñas y Andrés Cuevas, y les expliqué en detalle la misión que debían cumplir. En su caso debían formar en Puralón la línea principal de contención y rechazo de los refuerzos que vinieran desde la playa en apoyo de la tropa que cercaríamos en Jigüe. A estos dos capitanes les correspondería la tarea más importante en toda la operación planificada. El arrojo y la capacidad combativa que habían demostrado en las sema-

nas anteriores justificaban plenamente la confianza que depositábamos en ellos y en los hombres bajo sus órdenes directas.

El esquema táctico se completaba con la misión que tendría Ramón Paz, a quien pensaba darle la tarea de ubicarse también en la zona de Puralón, con el objetivo de copar por la retaguardia a los refuerzos, una vez que chocaran con la emboscada de Cuevas y Lalo. La idea sería no solamente detener y rechazar al refuerzo, sino destruirlo.

La selección de Paz para esta misión era también obvia. Este capitán había probado, primero en La Caridad y luego en el Combate de El Naranjal, su inteligencia, iniciativa y decisión, condiciones que lo convertían en el jefe idóneo para esta parte de la operación, que requería esas cualidades de quien fuera a ejecutarla.

Para ello era preciso instruir a Paz, quien aún estaba ubicado en El Naranjal. Por eso, lo primero que hice al llegar al alto de Cahuara, después de conocer por Podio y Fiallo la situación de las fuerzas enemigas y las posiciones ocupadas por sus hombres, fue avisar a Paz que iría a verlo para coordinar con él las ideas del plan, y pedirle que saliera a mi encuentro por el camino del hospital de Martínez Páez para que me diera tiempo a reunirme con él, y regresar esa misma noche a Cahuara. Esto último era crucial para mí, ya que el plan debía comenzar a ejecutarse en la mañana del viernes 11 de julio, y yo quería estar en mi puesto en ese momento.

Junto con ese aviso, le pedí a Paz que despatchara de inmediato, sin esperar por mi llegada al encuentro con él, la ametralladora 50 de Curuneaux con su escuadra de apoyo. Esta era otra pieza clave del plan, pues debía formar parte esencial del dispositivo de cerco de la tropa enemiga acampada en Jigüe. Otros elementos de ese dispositivo serían, en un primer momento, las escuadras de Fiallo y Podio, redistribuidas en la falda del firme de Cahuara, inmediatamente al oeste y noroeste del campamento de los guardias; la pequeña escuadra de Arturo Pérez, que llevaba varios días posicionada en la subida hacia el alto de El Pino, al norte de la posición enemiga; y el personal de Hugo del Río que estaba junto a Paz en El Naranjal, tendrían que ocupar posiciones en un pequeño firme al nordeste del campamento del Batallón 18, en dirección hacia El Naranjal. Este sería el personal destinado inicialmente al cerco, que se iría completando y reforzando en la medida de lo necesario.

Después del mediodía del jueves 10 de julio emprendí la marcha desde el alto de Cahuara a encontrarme con Paz. El camino se hacía más largo y difícil a causa del rodeo que era preciso dar por toda la loma de Jigüe para evadir el campamento enemigo y poder salir al otro lado. Al poco rato de estar caminando se sintió el ruido característico de la explosión de una de nuestras minas, relativamente cerca del lugar por donde iba cruzando el pequeño grupo que me acompañaba, seguido de un breve pero intenso tiroteo. Tomamos de inmediato las precauciones debidas y esperamos tensos durante los minutos que duraron los tiros. Al cesar toda actividad enviamos a uno de nuestros compañeros a explorar los alrededores, y regresó con la noticia de que no se veía nada, entonces decidimos continuar la marcha.

Cuando nos topamos con el personal de la escuadra de Arturo Pérez supimos la causa del tiroteo. Resulta que una patrulla enemiga que subía por el firme, en dirección al alto de El Pino, tropezó por sorpresa con la posición rebelde. El Vaquerito, que después de haber terminado su trabajo de ayuda a Celia en las Vegas de Jibacoa había solicitado ser enviado a la línea de combate, y lo habíamos asignado a esta escuadra, decidió estallar una mina sin grandes esperanzas de causar daño a los guardias, sino para amedrentarlos y ahuyentarlos. Se logró hasta cierto punto el efecto, pues el enemigo dio vuelta y emprendió una veloz carrera loma abajo, mientras que nuestros hombres abrían fuego indiscriminado y se lanzaban a su vez, en carrera veloz, loma arriba. El resultado fue una posición delatada, una mina desperdiciada y varias decenas de balas gastadas inútilmente.

Días después, por los informes de algunos de los guardias capturados, supimos que no se tra-

taba ni siquiera de una patrulla, sino de tres o cuatro guardias que salieron a acompañar hasta su casa en el alto de El Pino al práctico de su tropa, un campesino llamado Isidro Fonseca. Confirmé, entonces, mi apreciación inicial de que si la posición rebelde hubiese estado debidamente protegida por la observación, y si se hubiese actuado con serenidad y decisión al producirse el encuentro sorpresivo, habría sido posible capturar allí a esos guardias, lo cual significaría la posibilidad de contar con una apreciable fuente de información sobre la composición y los planes de la fuerza enemiga que nos proponíamos hostigar a partir del día siguiente.

Este incidente cerca del alto de El Pino fue sobredimensionado en un primer momento. Al producirse el encuentro con los guardias y antes de mi llegada al lugar, Arturo Pérez envió un mensaje alarmista e inexacto en el que daba a entender que un contingente enemigo importante iba subiendo en dirección al alto de El Pino, y que sus hombres se habían visto obligados a retirarse. De ser cierta esta noticia, quería decir que los guardias habían intentado un movimiento sorpresivo destinado a ocupar el estratégico alto de El Pino, que dominaba la posición del enemigo en Jigüe, o quizás con el fin de rodear la emboscada de El Naranjal y seguir hacia las cabezadas del río La Plata y el firme de la Maestra. En cualquiera de los dos casos, la retirada de la escuadra que protegía esa dirección dejaba abierto el camino al enemigo, y se podía crear una situación muy peligrosa.

Por suerte llegué al lugar casi inmediatamente después del incidente, y pude percatarme de que lo informado por Arturo Pérez no obedecía a la realidad. Pero a este primer mensaje se añadía poco después la información también fantástica de que los guardias no solo habían rebasado la posición rebelde en la subida de El Pino, sino que, además, habían alcanzado la zona de Mayajigüe, del otro lado del macizo, con lo cual podrían amenazar la retaguardia de nuestras posiciones en El Naranjal y la propia zona de La Plata. El Che recibió las dos informaciones y también se dio cuenta de que no resultaban muy coherentes. No obstante, de manera preventiva instruyó por teléfono a Camilo en La Plata para que enviara un refuerzo a cubrir el camino del hospital.

Una vez que nos dimos cuenta sin duda alguna de lo que había ocurrido tomé la decisión allí mismo de desarmar a Arturo Pérez y entregar el mando de la escuadra a El Vaquerito, con la indicación de que debía ahora ocupar nuevas posiciones más cerca aún del campamento enemigo.

A todas estas, ninguno de mis dos lugartenientes principales sabía que yo estaba al corriente de lo acontecido. Por el contrario, como conocían de mi proyecto de trasladarme ese día al encuentro con Paz, les preocupó el hecho de que no estaba ubicado, y que andaba precisamente por la zona donde se decía que había ocurrido el combate, con el consiguiente riesgo de ser sorprendido por los mismos guardias que, se suponía, habían asaltado el alto de El Pino. Pero ya, en las primeras horas de la noche, todo quedó aclarado, y por la madrugada mandé de vuelta a donde estaba Camilo al refuerzo enviado por él.

Durante esa noche también quedó armada la trama para el comienzo —al día siguiente— de la operación contra la tropa enemiga de Jigüe. Ya expliqué la disposición de la línea organizada en Puralón para esperar y rechazar a los refuerzos que vinieran de la playa, así como las escasas fuerzas rebeldes que se ocuparían en una primera fase de mantener el hostigamiento sobre los guardias sitiados. Un grupo de estos hombres avanzaría en la noche sobre las posiciones enemigas, y se acercaría al campamento lo suficiente como para abrir fuego al amanecer sobre los guardias.

La intención de esta primera escaramuza sería causar entre el enemigo algunas bajas, lo que obligaría al jefe del batallón a evacuarlos hacia la playa; ocasión que aprovecharía Guillermo, quien estaría posicionado sobre el río en espera de la columna de guardias que bajase desde Jigüe, para asestarles el primer golpe de consideración. Así, según el plan, comenzaría la batalla, para la cual todo había quedado dispuesto en la madrugada del 11 de julio.